

## Destacó Dorta Duque la obra del Cardenal Manuel Arteaga

*Uth 29/12/52 DM*  
Hizo referencia a las virtudes sacerdotales  
y patrióticas del Príncipe de la Iglesia

Damos cabida hoy en estas columnas, al discurso pronunciado por el doctor Manuel Dorta Duque en la sesión solemne de la Academia Católica de Ciencias Sociales efectuada el pasado martes en honor de Su Eminencia el Cardenal Manuel Arteaga y sobre cuyo acto el DIARIC ofreció ayer amplia información:

Eminentísimo Monseñor,  
Excelencias,  
Señores de la Presidencia,  
Reverendos Padres,  
Señores Miembros de la Academia Católica de Ciencias Sociales, de la Academia Cubana de la Lengua y del Ateneo de La Habana.  
Señoras y señores:

"Al sumarnos con este acto, sesión conjunta y solemne en la que para rendir homenaje a Su Eminencia, nuestro amado Cardenal, nos unimos, en el hondo y sincero afecto y la profunda devoción, la insigne Comunidad que tuvo como fundador a Santo Domingo y como patrono al doctor Angélico, la Academia Católica de Ciencias Sociales que creara, formación de su mente esclarecida y de su cultivado y exquisito espíritu don Mariano Aramburc y Machado, la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, prolongación y abrazo de la Madre Patria y la joven República, y el glorioso Ateneo de La Habana, dirigida aquella y presidido éste por esa figura egregia del más alto pensamiento literario de Cuba, el doctor José María Chacón y Calvo, no hacemos en definitiva otra cosa que participar del júbilo de todo el pueblo cubano en la celebración de las Bodas de Oro Sacerdotales de nuestro preclaro Prelado, y digo, señoras y señores, de todo el pueblo, porque es motivo de regocijo no sólo para los católicos, sino para todos los cubanos que ven en el acontecimiento la coronación en esplendoroso triunfo de un gran compatriota: cincuenta años consagrados al servicio de su gran causa, de nuestra gran causa, y en ellos la gloria inmarcesible que gana Su Eminencia, en el seno de la Iglesia amada también ha sido y es para Cuba.

"Y en esta ocasión primerísima, puso de relieve, la estrecha vinculación del catolicismo cubano con los anhelos, de libertad y de independencia en el ayer colonial, y de paz, progreso y bienestar, hoy con la República, tomando para ello la biografía de nuestro homenajeado, porque su acendrado catolicismo se ha hermanado a su inquebrantable patriotismo, y ambos sentimientos le vienen de sus antepasados inmediatos y remotos, que en el seno de

su familia católica, como en las de miles y miles de otras familias cubanas, se incrementaban con la fe religiosa el amor a Cuba, desvaneciéndose con esos ejemplos una torpe versión que quiso, descubrir manifiesta incompatibilidad, mientras se gestaban las revoluciones libertarias, entre el amor a la patria y la creencia católica.

"En los confines más remotos del pasado siglo, cuando la idea de la independencia sólo brillaba en una reducida y selecta minoría, ya aparecía comprometida en el entonces ilusorio y romántico empeño una ilustre familia camagüeyana, que por su riquezas materiales, por la cultura de sus miembros y por su adhesión firme a la Iglesia, ocupaba un prestigioso y cimero lugar, era la familia de los Arteaga: uno de sus miembros más destacados, Juan Arteaga y Agramonte participó en las primeras conspiraciones con Joaquín de Agüero, proto-mártir de nuestra gesta libertadora, y más tarde al secundar a Carlos Manuel de Céspedes, en Yara, ofreció su vida en los campos de batalla, y lega a sus hijos sus profundas convicciones religiosas y su inquebrantable sentimiento patrio: uno de ellos Ricardo Arteaga y Montejo se consagra al servicio de la Iglesia, y gana en el púlpito tanta fama como orador sagrado, que aún hoy perdura, sin olvidar sus responsabilidades con la patria naciente, y al substanciarlas en la conspiración sufre como consecuencia el destierro, refugiándose en Caracas, Venezuela, y otro de sus hijos, Rosendo Arteaga y Montejo, padre de nuestro Cardenal, responde como su progenitor al llamado de Carlos Manuel de Céspedes, le sirve como ayudante y con él libra aquellas batallas, que siendo las primeras ejemplarizaron el sacrificio, el heroísmo y la bravura que han sido, para nuestra gloria y nuestro orgullo, las características que hicieron del soldado mambi el legionario de las epopeyas americanas.

"Nacido en el seno de familia tan aguerrida y de tan hondas convicciones religiosas que también por la vía materna le vienen esos atributos, pues la venerada doña Delia Betancourt Guerra participa de la misma prosapia y linaje, Manuel Arteaga Betancourt ha sido sin duda ninguna representante relevante de catolicidad y de cubanía, a lo que ha agregado, ganado con su pluma y con su palabra en la literatura y en la oratoria, un renombre que se equipara al que su consagración sacerdotal ha conquistado durante cincuenta años, los que congratulados celebramos en estos días.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

"Y en la egregia personalidad de nuestro homenajeado, concurre una circunstancia que lo vincula estrechamente a nuestro Continente, porque habiendo pasado a temprana edad a Caracas, Venezuela, allí en la patria de Bolívar descubre su vocación religiosa, al lado de su tío el ya mencionado R. P. Ricardo Arteaga, allí ingresa como hermano en la Orden religiosa de los Padres Capuchinos, allí en el Seminario de Caracas hace su formación religiosa, y allí estudia y se gradúa de Doctor en Derecho Civil y en la Iglesia Catedral de la Capital de ese pueblo hermano, del gran pueblo de Bolívar, recibió hace cincuenta años su ordenación sacerdotal: es pues una figura americana, son dos pueblos hermanos los que han contribuido a conformar su espíritu y su mente, por eso nadie como él para, poder decirnos palabras como las que yo me permito transcribir, en las que interpreta cómo la Iglesia participa en las horas de felicidad de la patria y cómo ella trascendió al espíritu del nuevo mundo y en memorable ocasión, sin sombras en el horizonte patrio su palabra conmovida nos dijo, al conmemorar un nuevo aniversario de la República:

"Y la Iglesia se une al júbilo de la Patria: aún más, la felicidad de la Nación es su propia felicidad. Madre venerable de naciones, así como inspiró en tiempos pasados, gloriosos empeños por su civilización y engrandecimiento a los hispanos y a los galos, a los italos y a los británicos; como les dió su ley, su moral y su cultura para que disiparan las sombras de la pagana barbarie; como les infundió valor y arrojo para que repelieran la ola invasora del fanatismo musulmán; como les lanzó en el carro fulgurante de las cruzadas a la conquista de la Tierra Santa y a la liberación del sepulcro del Redentor; y les dió la magnanimidad de los descubridores, quienes en pos del gran vidente genovés, aquel hombre de alma profundamente religiosa, se confiaron a ignotos y temidos mares para plantar la



cruz en las vastas regiones del Nuevo Mundo; así como sustentó la constante aspiración de los pueblos por libertarse de tiranía política y sociales y en la santa conciencia de la fraternidad humana cayó luminoso sepulcro al orgullo de las castas y a los horrores de la esclavitud, así sostiene con el poder inmenso de su espíritu inmortal los cristianos ideales torturados o triunfantes en las democracias latino-americanas".

Y en esa misma ocasión, se complace Monseñor Arteaga en destacar cómo la naciente República había acogido con respeto y amor, en el seno de sus instituciones democráticas a la Iglesia y nos dijo:

"Cuba por su parte, como nación, no tiene deudas que saldar con la Iglesia: sus anales están impolutos de las depredaciones sectarias que han manchado la historia de pueblos hermanos. Cuba ha dejado brillar en toda su luz el verdadero espíritu de sus hijos en su conducta con la Iglesia, y la Iglesia ama a nuestra joven patria con una ternura que no empañan dolorosos recuerdos".

Los que han sido los cincuenta años de Su Eminencia como sacerdote, iniciándose como Cura Párroco de la Iglesia de Santa Inés de Cumaná, Venezuela, más adelante designado Cura y Vicario Foráneo, después Canónigo Doctoral de la Catedral de Guayana, y al regresar a Cuba, Cura Párroco de la Iglesia La Caridad de Camagüey, su amada patria chica, para ingresar en nuestra Diócesis capitalina como Provisor y Vicario General del Obispado, y ascender a la muerte del inolvidable Arzobispo Monseñor Dr. Manuel Ruiz, al cargo de Vicario Capitular de la Archidiócesis, consagrado Arzobispo el 24 de febrero de 1942, y elevado al supremo rango Cardenalicio —primer Cardenal cubano y primero también de la cuenca del Caribe—; lo que han sido esos cincuenta años de consagración sacerdotal, lo ha dicho con altas y enaltecedoras frases Su Santidad, que ha regalado al alma cubana con el más bello y noble mensaje que se haya podido escribir sobre la tarea, la vida y la obra de nuestro Cardenal y Arzobispo: un motivo más de gratitud que los cubanos tenemos para el Santo Padre que tan preferentemente ha otorgado a Cuba sus bondades.

Sí queremos concretamente referirnos en estos últimos párrafos a un aspecto de la vida de Su Eminencia, estrechamente ligado con la Academia Católica de Ciencias Sociales, de la que fue uno de sus entusiastas fundadores: cuando aquél eximio cubano, filósofo y jurista de la más alta escuela, don Mariano Aramburo y Machado, organizaba la fundación de esta Academia invitó entre los primeros para que participara en sus tareas a Monseñor Arteaga, el que de inmediato nos brindó generoso apoyo y nos ofreció con frecuencia su certero y documentado criterio sobre los problemas y cuestiones sociales, sobre la orientación de sus soluciones guiada por un hondo sentido cristiano y nuestra Academia que ofreció un

amplio programa de reformas sociales y anticipándose en más de una década a la más avanzada legislación laboral brindara un completo proyecto de Código del Trabajo, no pudo olvidar ni desconocer aquella valiosa colaboración de Monseñor Arteaga, y en su segunda etapa la Academia le nombró Académico de Honor.

Recibid pues, Eminentísimo Monseñor este sencillo homenaje, cálido tributo que os rendimos, con emoción profunda, como católicos por vuestros excepcionales servicios a la Iglesia, y como cubanos por toda la gloria que habéis ganado para nuestra Patria que os proclama su hijo bien amado, y elevamos desde lo profundo de nuestros corazones, preces al Altísimo con nuestros votos por vuestra ventura personal".

*SM, at 29/54*